

LA VOZ DE LA CARIDAD.

N.º 253.—15 de Setiembre de 1880.

*Dios es caridad, (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

SECCION DE BENEFICENCIA.

UNA IDEA NUEVA

á favor de «La Constructora Bénéfica.»

Esta asociacion *de caridad* sigue su marcha de lento, pero firme progreso y desarrollo.

Se ha ocupado de ella nuestra Revista muchas veces, por lo mismo que de redactores suyos partió la primera idea de su fundacion y la aplicacion de los primeros fondos á ese filantrópico pensamiento. Por esta razon ese pensamiento y el modo con que se ha planteado, es harto conocido ya de nuestros habituales lectores; pero, sin embargo, como noticia para los que lo ignoren y como recuerdo para los que lo saben, les diremos que esa sociedad fué creada con donativos de personas caritativas, y se sostiene con otros posteriores, aunque menores, con una pobre suscripcion y con los productos de lo que edifica.

Su objeto es construir casas cómodas é higiénicas para obreros, aplicando una parte de su alquiler para ir amortizando el coste de la casa, de modo que al cabo de 8, 12, 16 ó 20 años, el inquilino se encuentra convertido en propietario

de la casa que habita. Además, el alquiler que durante su inquilinato paga, va disminuyendo á medida que se amortiza el capital, de modo que en los últimos años, aunque todavía no sea propietario por completo de la casa, paga ya por su alquiler una cantidad mensual insignificante.

Los productos de alquileres y de amortizacion ingresan en la Tesorería de la Sociedad, no para especulacion ó ganancia de ninguna especie, como lo haria en uso de un derecho legítimo cualquier particular, sino para volver á invertirse en nuevas edificaciones del mismo género. Es, pues, un capital que va reproduciéndose constantemente en beneficio de la clase obrera.

La asociacion se inauguró, no con pomposos anuncios, sino trabajando: empezó á funcionar en 1875 con la construccion de cuatro edificios de á seis viviendas en el barrio del Pacífico de esta córte, siendo el principio de la hoy hermosa calle de la Caridad. En ella tiene ya ahora contruidos y habitados dos grupos más de casas, y está levantando un cuarto grupo de 17 casas, que constituirán en totalidad con las anteriores, 51 viviendas de familias de trabajadores.

Las 17 casas que se están construyendo y los grupos segundo y tercero, á diferencia de las del primero, están compuestas de planta baja y piso principal, formando un edificio independiente, con su patio ó jardin detrás, pues el complemento del bienestar del obrero, cuando vive en casa propia, es que sea tal casa, completa é independiente, y no habitacion ó cuarto de casa grande que tenga muchos, como sucede en las anti-higiénicas y molestas casas de vecindad de los barrios bajos de Madrid.

Entre los diversos adelantos y reformas que el espíritu moderno y la incansable caridad cristiana van lanzando al mundo, para mejorar la situacion material y moral de los trabajadores, pocas habrá tan simpáticas y tan ventajosas como esta sencilla combinacion financiera, que por medio del ahorro sucesivo en el inquilino, y de un verdadero interés compuesto en la asociacion, proporciona al pobre buena vivienda con los goces de familia inherentes á ella, y le facilita, además, hacerse dueño de la casa en el transcurso de algunos años, advirtiéndole que si su economía es mucha, pueden esos años dis-

minuirse á su voluntad, con solo duplicar ó adelantar las cuotas mensuales de amortizacion.

Y hé aquí de qué modo tan natural, tan fácil y tan justo se realiza lentamente ese *desideratum* con que las doctrinas socialistas seducen á las cabezas ligeras ó ignorantes, proponiendo imaginarias é imposibles nivelaciones de la riqueza, y presentándoles el porvenir de que el socialismo haga propietarios á los que hoy no poseen propiedad alguna inmueble.

Que el objeto de *La Constructora* no es una bella teoría existente tan solo en el papel en que se describe, ó una aspiracion utópica, pero irrealizable, lo demuestra la experiencia y lo acreditan 34 testigos irreprochables, que son las familias que en el dia habitan con gozo la calle de la *Caridad*.

Entre esos habitantes pacíficos y felices es bien seguro que aquellas predicaciones no hallarán ya cándida clientela, porque ellos, sin necesidad de violencias, de trastornos ni de injusticias, están en camino de ser propietarios con solo tener hábitos de economía, perseverancia en ellos, y una asociacion benéfica que administra gratuitamente y con esmeradísima puntualidad el caudal en casas, que va formando para ellos, y que siendo higiénicas, holgadas y alegres, les cuestan entre alquiler y cuota de amortizacion sumados para hacerse insensiblemente dueños, lo que el alquiler solo les costaria en las insalubres zahurdas ó buhardillas de Madrid.

El título de propiedad de la casa que habitan, que se les entrega en su dia, representa una grande y oportunísima obra de caridad en esta asociacion, y una feliz y honrada acumulacion de ahorros en los favorecidos.

Ese resultado va siendo ya un hecho positivo. De los habitantes de la calle de la Caridad hay tres, que se llaman Aquilino Perez, José Alcolea y Francisco Rodriguez, y tienen el oficio de cerrajero el primero, de pintor el segundo, y tallista el tercero, que son ya propietarios de la casa que habitan, y dentro de pocos años lo serán igualmente algunos otros de los más económicos, como Antonio Menéndez, ebanista, y Santos Christen, tornero en hierro.

Tal es *La Constructora benéfica*. Se hace con ella mucho; pero parécenos que aun podria hacerse más. Su Junta directiva (de la cual nos impide hablar un sentimineto de delica-

deza, que algunos comprenderán) trabaja con buen deseo para aumentar sus fondos, que es el modo de aumentar las construcciones; pero ese aumento de fondos extraños es lento é insuficiente para las celosas aspiraciones de la Junta. El sistema de pedir suscripcion periódica ó donativos por una sola vez, todavía no se ha desarrollado: todos los años en la cuenta general que se publica, aparecen dos cifras exiguas, que son el producto de la suscripcion y el de los donativos, excepcion hecha, sin embargo, de algunos extraordinarios y profundamente agradecidos por la Junta y bendecidos por todo el mundo, como el de dos mil duros, que recientemente ha hecho S. M. la Reina D.^a Cristina, y cuyo recuerdo se inscribirá en una lápida, como se hizo con los de S. M. el Rey de cuatro mil duros y de S. A. R. la princesa de Asturias de mil quinientos. Tambien se ha conmemorado en esa forma el de veinticuatro mil reales del Sr. D. José Olózaga y se conmemorará el de treinta y tres mil de la Sra. D.^a Gertrudis Gomez de Avellaneda.

Acaso contribuya á lo exíguo de la suscripcion actual el que las personas que componen la Junta directiva prefieren por carácter y por conviccion obrar modesta y perseverantemente, á hacer con pompa y ruido la propaganda de anuncios, de exigencias y de todo ese mecanismo de publicidad y clientela que es el principal elemento moderno con que suelen contar los que plantean una empresa que requiera el concurso ó la aficion del público. Pero ese proceder mismo da sólido cimiento á la empresa y prepara el seguro y ventajoso desarrollo de su porvenir.

Pensando, pues, nosotros sobre todo esto, se nos ocurrió que podria haber un medio de fomentar la buena obra de *La Constructora* con felices resultados para las clases trabajadoras, y escaso ó ningun sacrificio de los ricos. Vamos á indicarlo.

Si *La Constructora benéfica*, en vez de tener este carácter, fuese una empresa de lícita especulacion como tantas otras sociedades; si en vez de aplicar el producto de alquileres y de amortizacion á hacer nuevas casas, lo guardase para sí, no perderia ciertamente ni su tiempo ni su dinero, porque las casas le producen el cuatro ó el cinco por ciento anual del ca-

pital que en ellas emplea, dada su construccion económica, sin dejar de ser buena y bien vigilada, su direccion y administracion gratuita, y el beneficio de estar exenta de toda clase de impuestos generales, provinciales y municipales, y de todo género de gastos en cualesquiera oficinas y tribunales, exencion que una ley especial le ha concedido, la de 9 de Enero de 1877.

Ahora bien: ya que la suscripcion periódica es pequeña hasta el dia, nosotros propondríamos á los capitalistas y propietarios, no que *den* dinero precisamente cuando esto no entre en las combinaciones de su presupuesto, sino que *lo empleen* con provecho suyo.

Sabido es que el dinero en el dia y generalmente hablando, rinde poco interés: en fincas rústicas y en casas, descontando contribuciones, siniestros y administracion, apenas produce un cuatro ó tres y medio por ciento líquido: en papel del Estado se llega al seis, pero es con sujecion á las terribles mermas que puede sufrir el capital por esas oscilaciones de la Bolsa, que son espanto y alarma continúa para los rentistas de la Deuda pública: en empresas mercantiles ó industriales sucede algo semejante, y no hay seguridad para el capital ni para la renta calculada al mismo. Todavía esto resalta más en el extranjero, donde apenas hay para el dinero una colocacion segura que dé el tres por ciento.

Bajo este supuesto, el emplear dinero en hacer casas como las hace *La Constructora*, pero no para un objeto benéfico y reproductivo, sino para provecho propio, no seria especulacion peligrosa ni mezquina, puesto que aseguraria más de un cuatro por ciento con la garantía segura del mismo edificio.

Nosotros, pues, haríamos un llamamiento á personas piadosas y benéficas (como las hay en Madrid) que gastan millones en labrar palacios ó en comprarlos, en dar brillantes fiestas ó en otros objetos de lujo costoso, y les invitaríamos para que gastasen á la vez diez y siete mil reales en hacer una casa para obreros, porque esto es lo que cuesta por contrata cada una de las nuevas que hoy está edificando *La Constructora*.

Una dificultad se opondria quizás á esta idea, y es que los capitalistas no tienen como *La Constructora* establecido el sistema de económica y bien vigilada edificacion, y de adminis-

trar luego sus productos de alquiler y de amortizacion progresiva, lo cual, aunque sencillo, como todo lo que tiene por base la aritmética, no deja de exigir un cuidado especial y ocupacion minuciosa; pero no es muy aventurado creer que la Junta directiva se prestaria, como servicio de caridad, á encargarse gratuitamente de la construccion y de la administracion, sin perjuicio de la intervencion que el capitalista quisiera tener. Siendo así, este no tendria más que dar sus 17.000 reales y recibir luego mensualmente el alquiler como interés de ese dinero, y las cuotas de amortizacion como lento y organizado reintegro del mismo, salvo el abono de los pequeños gastos indispensables.

Las consecuencias de tal negocio para el capitalista serian varias, pero todas buenas, útiles, y que dejarian satisfecho su bolsillo y su corazon.

Lejos de *dar* dinero sin interés ni reintegro, lo que harian seria *emplearlo* en una especulacion segura con el cuatro por ciento ó algo más de interés, percibiendo esta renta sin cuestiones, sin tropiezos y sin trabajos de administracion.

Al mismo tiempo, como los alquileres y cuotas de amortizacion de la casa construida son legal y seguro afianzamiento del dinero gastado en ella hasta su total reintegro, el capitalista iria recibéndolo en plazos fijos y seguros.

Seria pues, como hemos dicho, un buen negocio, pero seria además una doble obra de caridad.

En efecto; por una parte se lograria por cada casa que así se edificase, el que hubiese una familia más de trabajadores que tuviera bienestar presente por su buena vivienda y bienestar futuro por la perspectiva de convertirse en propietaria; y por otra parte, el ejemplo podria animar á otros y hacer propaganda útil para el engrandecimiento de *La Constructora*, lo cual seria una ventaja grande para el país.

Los propietarios de terrenos en los extremos de Madrid, podrian tambien ofrecer solares á bajo precio ó cederlos del todo, con grandísima ventaja para el resto de su propiedad, por el aumento de valor que llevarian á ella las edificaciones; y aún podrian hacerse combinaciones mistas con los solares y el dinero para construir, que fuesen recíprocamente ventajosas.

Hé aquí nuestro pensamiento, ligeramente indicado, que personas más autorizadas podrian estudiar y desarrollar. No se habrá perdido nada con exponerlo. Creemos que mereceria aplicarse, y tal vez no fuera imposible que algunos poderosos, especialmente los que edifican ó compran edificios suntuosos, calculasen un ligero recargo de algunos céntimos por ciento para satisfacer este objeto de negocio y de beneficencia. En tal caso seria grato y seria honroso poder decir y publicar: «Don Fulano de Tal está levantando al mismo tiempo »un magnífico Hotel en Chamberí ó en la Castellana, y una »utilísima casa para obreros en la calle de la Caridad.»

ANTONIO GUEROLA.

LAS VÍCTIMAS DEL TRABAJO.

LA VOZ DE LA CARIDAD se ha ocupado, aunque hasta ahora al parecer inútilmente, de los que se inutilizan ó mueren en trabajos que hace más peligrosos ó malsanos el culpable abandono con que la sociedad entrega la salud ó la vida del obrero, al descuido de la ignorancia, ó á la crueldad de la codicia.

Tal vez los mineros son los que más deben interesarnos bajo este punto de vista por las malas condiciones higiénicas en que trabajan por regla general.

En las demás industrias hay muchas veces exceso de fatiga, pero es raro que los operarios ejecuten su labor en circunstancias tan preternaturales como el minero. La falta de luz natural está suplida por la de candiles que apenas alumbran; parecen más bien fuegos fátuos, solo que en vez de salir de tumbas, donde no sufren los que los despiden, esparcen sus pálidos rayos sobre seres que padecen y sienten la falta del astro del día tan necesario para la existencia; están además en una atmósfera húmeda y viciada por la triple combustion de las luces, de la pólvora, y de sus pulmones, que apenas tienen el oxígeno absolutamente indispensable. Estas condiciones y muchos peligros, se aceptan por un mísero jor-

nal que compensa tan poco lo mucho que pierden de vida, que solo se explica por su ruda ignorancia el que se encuentren obreros para esta clase de trabajos de la manera que hoy los hacen y con el número de horas que permanecen en los lóbregos pozos ó galerías.

Pero como no hay mal que pudiendo aumentarse no se aumente, cuando está sostenido por muchas y poderosas causas, las malas condiciones en que de ordinario trabajan los mineros, llegan en casos á límites inconcebibles, si no fueran una desdichada realidad. Uno de ellos, cuyo relato nos impresionó profunda y tristemente, vamos á dar á conocer hoy á los lectores de LA VOZ DE LA CARIDAD que se interesan por los que hay quien llama *gente de bronce*, y que como á tal se trata á veces sin tener en cuenta *que este bronce sufre*.

En la galería de una mina de carbon no se podia continuar el trabajo por falta de aire, y era preciso abrir una chimenea para ventilar; el caso presentaba dificultades especiales, porque la galería era ya muy profunda y entraba en el corazon de una elevada montaña. Cogió el ingeniero los planos del terreno, y vió con disgusto que, para llegar hasta la superficie, se necesitaba un pozo de *doscientos treinta y dos metros*; no habia en toda la cuenca carbonífera ninguno que llegase ni con mucho á tal cifra, y parecia punto menos que imposible perforar tal altura con las dimensiones que de ordinario se dan á este género de obras, es decir, la estrictamente necesaria para que pase un hombre. Creeríase natural y era justo que, en vista de las mayores dificultades que se presentaban, se aumentase el tamaño de la chimenea, facilitando así el trabajo; pero esto habria hecho subir su coste, con un perjuicio positivo para la empresa. Lo más sencillo y mejor, *industrialmente considerado*, era hacerla de las dimensiones acostumbradas, y si habia perjuicio ó peligro, era para la salud de los obreros que para muchos *no vale nada*.

Quisiéramos que todos los lectores hubiesen recorrido alguna de estas galerías de mina que se internan kilómetros en las entrañas de la tierra, y visto las chimeneas que de trecho en trecho se abren desde ellas á la superficie á fin de que por la natural tendencia á elevarse del aire enrarecido, se establezca una corriente que purifique algo la mal sana atmósfera

de la mina; trataremos de darles aunque imperfecta idea de lo que es una de estas chimeneas. Desde el punto en que se quiera abrir se comienza en el techo de la galería subterránea un agujero pequeño, lo absolutamente indispensable para que pase un hombre; este pozo no es enteramente vertical, tiene una ligera inclinación, y en sus paredes se dejan unas desigualdades que reciben el pomposo nombre de escalones, por más que no tengan de tales más que el uso á que se destinan, pues sobre ellas apoyan *los piés y las manos* los mineros para subir, porque la pendiente es tan fuerte y el pozo tan estrecho que solo haciendo esfuerzos no pequeños con manos y piés se puede efectuar la penosa ascension.

Mientras la chimenea no es muy alta todo marcha *relativamente* bien; un minero pasa por cualquier hueco donde pueda meter la cabeza, trabaja á oscuras y en posiciones en que no podría ni aún estar mucho tiempo un obrero acostumbrado al aire libre, y el pozo adelanta. Pero á medida que su longitud aumenta, la ascension es difícilísima y penosa, el pobre trabajador gasta en ella casi todas sus fuerzas, tanto más cuanto que el aire es poco y malo, y cuando ha terminado este *via-crucis* tiene que comenzar á trabajar *solo* en perforar generalmente rocas duras, casi siempre destilando agua, ó bien tierras á veces más temibles que la roca, porque dan paso á numerosas filtraciones. Repetimos que no es posible dar idea de este género de trabajos sin verlos, y cuando se han visto, aún se comprende menos cómo hay quien los realice. Y sin embargo, nada más cierto; abierta hemos visto la chimenea de 232 metros; es la mayor que existe en la comarca, nos decia el capataz al alumbrar con su candil el agujero; por cierto, añadía con la mayor indiferencia, que costó bien cara á los que la hicieron: *dos han muerto y el otro está enfermo*. Preguntamos detalles y la historia es la siguiente: Se hizo saber á los mineros que era preciso abrir una chimenea de la profundidad citada; tres de los *más valientes* (palabras textuales y gráficas, pues mucho valor se necesita para emprender obra semejante), se comprometieron á perforarla; uno que no pudo *cumplir del todo su compromiso* porque enfermó y murió antes de concluir; los otros dos tuvieron la satisfacción de ver terminada su obra, uno poco antes de concluir tam-

bien con su vida, pues á los tres meses se unió á su infortunado compañero.

El otro que pasaba, y no sin razon, por el hombre más fuerte de toda la comarca, nos decia el capataz, que desde que concluyó la chimenea no se le conocia, no podia hacer ningun trabajo seguido sin que le *faltase la respiracion*, muy á menudo tenia que guardar cama; es probable que no viva mucho.

—Ganarían gran jornal para haber arrostrado trabajo tan duro y mal sano, le dijimos.

—Si señor, ganaban *venticuatro reales*, pero además *tuvieron empeño en acabar la chimenea, por lo mismo que se deci que habian sido muy rumbosos en prometer, y al fin y al cabo quedaria la obra sin concluirse.*

No es posible que traslademos al papel el efecto que las anteriores palabras nos causaron; aquellos tres infelices eran bastante ignorantes para dejarse alucinar por el afan de ganar un jornal, con el que les pagaban no solo su trabajo sino una parte alicuota de su vida harto grande, puesto que hemos visto el fin de dos de ellos y el no muy lejano del tercero. Eran además *hombres de honor*, pues que habian puesto el suyo en cumplir su compromiso, y ya vemos hasta qué exagerado límite los llevó este sentimiento.

Y á pesar de esto, ¿cómo se los trató? Peor que si fueran máquinas de insensible metal. Cuando las perforaciones se hacen por medios mecánicos, generalmente los barrones funcionan con aire comprimido, y para proporcionarles el necesario se hacen instalaciones que cuestan miles, muchos miles de reales; á veces, como en el San Gotardo y Mont-Cenis, muchos millones. Cuando nuestros obreros no tuvieron aire que respirar, se instaló un ventilador *movido á mano* que les proporcionaba el aire suficiente para no asfixiarse, pero no el preciso para no enfermar.

Para elevar carbon ú otro mineral, se montan poderosas máquinas de pavor; nuestros obreros tenian que ascender 100, 150, 200 y más metros sin más auxiliar que sus propias y agotadas fuerzas, la subida llegó á serles tan penosa que empleaban en ella casi todo el dia, y por no repetirla á menudo, llevaban comida y aguardiente para reparar, siquiera fuese en

parte, de un modo ficticio, las exhaustas fuerzas, y permanecían en el trabajo hasta que no les quedaban casi ni las precisas para bajar.

Hé aquí en qué condiciones se ha ejecutado el más profundo pozo de ventilacion de nuestra cuenca carbonífera más importante. Podia y debia haberse hecho sin sacrificar los obreros, pero esto hubiera sido muy caro.

Se saca partido de sus condiciones de hombres, se explotan sus sentimientos honrados, pero se prescinde de que tienen órganos y entrañas que sufren; de hecho la sociedad no las tiene para ellos.

FERNANDO GARCIA ARENAL.

MEMORIAS DE UN PRESO CONDUCTIDO.

(CONCLUSION.)

VII. (a)

Han pasado quince dias desde que suspendí mi triste relato en la cárcel del pueblo de... al salir de la enfermedad que me puso á las puertas del sepulcro.

Mi conduccion ha tenido inesperadamente un término muy diferente del principio. Estoy escribiendo en mi primera cárcel de la capital, de donde salí conducido hace más de cuarenta dias. Hé aquí lo que ha pasado.

Convaleciente aún de la enfermedad, tuve que continuar mi penoso viaje, porque el médico del pueblo me dió de alta. No estoy lejos de creer que tanto él como el Alcalde deseaban perderme de vista por el temor de que recayera y muriese allí. No lo digo en ofensa del Alcalde para quien conservaré siempre gratitud.

Yo estaba bastante bien para la vida descansada y quieta de la cárcel, pero débil y nada bien para emprender una marcha á pié. Así es que apenas habíamos caminado una me-

(a) Véase el número anterior.

dia legua, me sentí tan débil, que apenas podía andar. Los Guardias civiles lo conocieron y se vieron en un conflicto. Humanos siempre con los presos pacíficos, como yo, se mostraban dispuestos á retroceder y volverme á dejar en el pueblo de donde habíamos salido; pero esto les hacia perder un tiempo que necesitaban para llegar al punto de la entrevista á la hora prefijada.

Me animaron, pues, para que hiciese un esfuerzo: lo hice, aunque con repetidas paradas, y así llegamos á una aldea situada en la carretera. Allí descansamos un rato; unas buenas mujeres, compadecidas sin duda al ver mi cara de sufrimientos, me dieron un vaso de vino y me sentí algo más reanimado.

Los Guardias, sin embargo, comprendieron que yo no iba á poder hacer toda la jornada, que era larga, y tuvieron la buena idea de presentarse al Alcalde pedáneo de la aldea y pedirle para mí, como preso enfermo, un bagaje menor. El Alcalde puso al pronto alguna dificultad porque no habia caballerías en el pueblo y todas estaban en el campo; pero al fin envió á buscar un borriquillo, en el cual monté con ayuda de los Guardias, y seguimos el viaje.

Me pareció esto un alivio grande y dí fervorosamente las gracias á los Guardias; que el ir montado, aunque sobre malos arreos, era una ventaja incomparable comparada con el viaje á pié, sobre todo estando enfermo.

Así terminó aquella jornada.

Nos faltaban tres para llegar al punto de mi destino, y en ellas nada notable ocurrió: las mismas molestias; el mismo cansancio fatigoso; las mismas repugnantes cárceles; alimento malo; frio fuerte y lluvia penetrante. Una novedad terrible hubo en la penúltima jornada.

El Alcalde del pueblecillo donde pernoctamos era un hombre ó duro de corazon ó escarmentado por algun mal rato que le dieran otros presos. Ello es, que apenas entré en la cárcel, mandó me pusieran grillos. En vano reclamé y protesté diciendo que yo no era un presidiario para llevar grillete. El Alcalde me contestó friamente que no sabia lo que yo era ni le importaba saberlo; pero que para él era un preso que habia de pasar un dia ó dos bajo su custodia y responsabilidad

en una cárcel que se caía á pedazos y no queria verse complicado, por negligencia, en una causa criminal sobre evasion de presos.

Aunque en el estado de abatimiento físico y moral en que me encontraba, parecia que debiera ser insensible á todo, confieso que el acto de ponerme los grillos me humilló y me mortificó sobremanera. Tuve, sin embargo, que devorar esta nueva amargura, pues ni tenia derecho de quejarme ni autoridad superior á quien elevar mi queja entonces. Apenas pude dormir aquella noche con la molestia y el ruido de los hierros. Afortunadamente no fué más que una noche, porque al dia siguiente llegó una partida de Guardia civil con varios presos en conduccion extraordinaria y á ella me incorporaron.

Llegamos por fin á la capital de... término del viaje. Creia yo que el careo y las diligencias que habian exigido mi conduccion, se despacharia en seguida; pero me equivoqué. Era precisa la presencia de dos confinados que venian tambien conducidos desde otro punto. Esto me obligó á permanecer algunos dias en aquella cárcel mala, pero relativamente mucho mejor que las del tránsito.

Aprovechando esta detencion, escribí á mi familia contando brevemente las grandes penalidades de mi viaje, y tuve la feliz inspiracion de encargar que enseñasen la carta á un protector nuestro, que algunas veces nos habia favorecido y que era hombre de corazon compasivo. Al principio de mi encarcelamiento le escribí, no me contestó, pero trascurridos algunos dias vino á verme á la cárcel. En vez de su aspecto bueno y dulce, le noté cierta aspereza y frialdad y lo atribuí á que estaba mal prevenido é impresionado con motivo de mi proceso, en el cual quizás me creeria con una complicidad grave respecto al delito de que se trataba. Nada supe despues de él.

Grande fué, pues, mi sorpresa, cuando á los pocos dias fuí llamado á la sala de audiencia y me encontré delante de un anciano severo y grave, que me dijo era el Alcalde de la ciudad. Me habló con tono bondadoso, que contrastaba con su aspecto, y me manifestó que habia recibido una cantidad de dinero, destinada á pagar mi viaje de regreso en el ferrocarril.

Experimenté una alegría grande al oír esta sorprendente noticia, pues me preocupaba en extremo la idea del nuevo viaje de preso conducido que me esperaba para el regreso, y que era de temer fuese quizás más penoso, porque el invierno estaba adelantado y no habia que prometerse más que lluvias, nieves y frio terrible.

Pregunté conmovido al señor Alcalde, á quien debia este gran favor, pero me contestó que no estaba autorizado para decírmelo; que era, sin duda, un bienhechor mio, y esto debia bastarme; que estuviese tranquilo, y que tan luego como me despachasen en el Juzgado, él arreglaria todos los detalles para tomar los billetes y que marcharia en el tren custodiado por una pareja de guardia civil. Aquella noche dormí por primera vez con un descanso y un consuelo desconocidos para mí.

Al dia siguiente llegaron los dos confinados que se esperaban, y se verificaron en seguida ante el Tribunal los careos y diligencias que habian motivado nuestra reunion allí. Omito referir detalles de esto porque á nada conducirian ya, ni á mí personalmente me importan. Tan solo diré que mi presencia era realmente interesante, porque la declaracion mia, hecha con conciencia recta, con objeto de designar un preso en rueda de varios, parece que sirvió mucho para fijar los hechos y la culpabilidad de los reos.

Despachado ya esto, volvió el Alcalde y me dijo que estuviera dispuesto para el amanecer del dia siguiente; y un portero que venia con él me entregó un lio que contenia una manta de abrigo, unos zapatos, pan, huevos, queso y una cajetilla de cigarros. En ello ví el complemento de la cariñosa compasion de mi bienhechor, que de aquel modo queria suavizarme toda molestia en el viaje.

Al amanecer dos guardias civiles me sacaron de la cárcel y me condujeron á la Estacion del ferro-carril, colocándome en medio de ellos en un coche de 3.^a

Partió el tren. ¡Qué sensaciones experimenté tan diferentes de las dolorosas de mi viaje anterior! Descansado, abrigado con mi manta, viendo los campos, los árboles, los horizontes lejanos, gozaba extraordinariamente, no concibiendo, cómo mis compañeros de coche se quejaban de asiento duro,

ventanas sin cristales y otras pequeñeces. ¡Cuántas bendiciones envíe á quien me habia facilitado tanto consuelo y tanta ventaja!

En 24 horas, que me parecieron cuatro sin veinte, llegamos anteayer á esta capital, y volví á ingresar en mi antigua cárcel. Para colmo de satisfacciones vino ayer á verme mi abogado y me dijo que la causa iba ya á fallarse, y que esperaba fundadamente para mí una absolucion completa, ó solo algunos meses de arresto.

Así lo espero yo tambien; y en esta buena disposicion de espíritu cierro ya estos desaliñados apuntes. Nada soy, nada valgo, para que nadie se ocupe de ellos; pero quizás no fuera perdida su lectura para los que tengan obligacion, posibilidad ó deseo de evitar tales desventuras á otros infelices como yo.

Aquí termina el manuscrito que hemos copiado.

Aunque felizmente en estos momentos no tiene ya el interés que podia tener cuando empezábamos á publicarlo, porque posteriormente se ha sancionado la ley que dispone se hagan las conducciones de presos por medio de los ferrocarriles, donde los haya, no será perdido quizás el triste relato de un pobre preso para que se vean los tormentos que esa filantrópica ley vá á evitar, y para que la ley se cumpla pronto. En efecto, despues de publicada, despues de dada con ella á los presos esa esperanza y hasta esa especie de derecho, seria más doloroso que por dificultades de ejecucion, no imposibles de vencer cuando hay una voluntad enérgica, viéramos todavía por las carreteras el doloroso espectáculo de las *cuerdas* de presos conducidos.

FAUSTO.

JARDINES Y JUEGOS.

Un periódico extranjero publica la noticia siguiente:

«La caridad ha hecho una feliz innovacion, digna de ser imitada, estableciendo en Amsterdam un jardin, en el que durante las horas libres

encuentran los hijos de los obreros todos los juegos y entretenimientos que desarrollan el cuerpo y la inteligencia, evitando de este modo la perversion consiguiente á la vida holgazana de las calles. El éxito ha sido tal, que durante el mes de Junio han concurrido al jardin 15.000 niños: haciendo necesaria la apertura de otros establecimientos semejantes, no solo en Amsterdam, sino en otras poblaciones de Holanda.»

Tal vez parecerá á algunos que es un exceso de caridad el gastar en jardines y juegos para niños pobres, cuando valdria más emplear ese dinero en socorrer á sus padres; pero téngase presente que en materias de caridad apenas cabe exceso, y que, además, en esos países tan adelantados, cuando la Administracion ó los particulares caritativos se ocupan de jardines y de juegos para los hijos de los obreros, es porque estos tienen ya su trabajo productivo, su enseñanza hecha, su hogar tranquilo y sus necesidades atendidas. ¡Dichosos holandeses! ¡Bien podiamos los españoles imitarles en esta y en otras cosas útiles!

FAUSTO.